

Los ríos guipuzcoanos y el Turismo.

Por FELIPE DE UGARTE
De la Delegación de Información y Turismo

El problema que los ríos guipuzcoanos presentan en la actualidad es el resultado de un crecimiento industrial realizado a espaldas de una protección lógica a los encantos naturales, que hicieron de Guipúzcoa la provincia española turística por excelencia.

Y este hecho es indiscutible. El agua, fuerza motriz, va quedando aquí relegada a medio de arrastre de residuos. El cauce limpio se convierte en albañal que siembra de olores a los pueblos de su vega a la que hiere de muerte con sus productos químicos.

Las aguas cristalinas y cantarinas se han trocado en líquido denso que a duras penas se desliza por su cauce.

Y a esto que basta para romper los encantos que todo río tiene, únase el resultado final de su llegada a nuestras playas.

No hace muchos años y a pocos kilómetros de San Sebastián, fué ejemplar la postura de toda la comarca vecina contra el aprovechamiento del río Nivelles, que desemboca en San Juan de Luz, por una fábrica de abonos, la que hubo de tomar, antes de su instalación, medidas para devolver al río sus aguas residuales totalmente depuradas.

Pero no sólo es la industria guipuzcoana la responsable de esta situación. El aumento de zonas habitadas a caballo de los ríos y la disminución, al menos así lo parece, de los caudales medios de los mismos, han acentuado el problema.

A pesar de todo esto estimo que el problema pudo no existir si se hubiera respetado al río como bien comunal y no se hubiese visto en el un fácil y cómodo medio para deshacerse de las inmundicias que en todo núcleo urbano o industrial se producen.

La realidad no es prevenir, que hubiera sido fácil, sino solucionar. Soluciones las hay. Buena prueba de ello es que muchas fábricas, quitando tan solo algunas que utilizan agua de otros orígenes, depuran el agua de nuestros ríos antes de utilizarla. Si todas la depurasen a la salida, ¿qué pasaría?

Y si las localidades filtrasen sus aguas residuales antes de echarlas al río, no tendríamos esas inmundas cloacas que en bajamar tienen las aguas del río de colores más que pardos.

Curiosa es la vista desde el aire de las desembocaduras de nuestros ríos y descorazonador ver las tonalidades que adquiere el azul verdoso de las limpias aguas del Cantábrico en nuestras costas.

Si no cuidamos las maravillas turísticas que nuestra provincia encierra, esto es, sus playas y su campiña, no pensemos que tan sólo es debido a nuestra maravillosa industrialización.

Por una parte las facilidades dadas a una mala utilización de los ríos y por otra el abuso de estas facultades, han creado este problema. Si en su día se hubiesen cumplido las normas elementales de protección al bien común que es un río, hoy tendríamos, en escala reducida, lo que es el Mississippi, río utilizado en todo su curso y que entrega al mar de las Antillas un agua tan pura como en su fuente, tras haber pasado por varios centenares de estaciones depuradoras. Y allí, en ese maravilloso río, la industria y los núcleos urbanos, no están reñidos con la pureza de las aguas.

Afrontar el problema ha de ser la nueva consigna y estimo que hacerlo es de una trascendencia tal, que no solo debe hacerse por razones de tipo turístico, sino por otras entre las que destacan el decoro, la higiene y el buen nombre de nuestra provincia.

L